

EL MENORQUIN

Civilización omeya en Menorca

BEN-HACAM EL PRECURSOR

Tavira 29 Enero de 1205

Ciudadela 9 Enero de 1282

SI EL MENORQUIN, en vez de aparecer improvisadamente, hubiera comenzado a publicarse tras laboriosa preparación, indudable es que el primer puesto en la galería de Varones Ilustres de Menorca, y, por ende, las primeras páginas, habríanse dedicado a nuestro inolvidable conterráneo Abu Omar Ben-Hacam ben Said, continuador de la obra de su padre Abu Ostman Said Ben-Hacam, su antecesor en el gobierno del reducido, mas floreciente estado insular, el cual transformara a Ciudadela en diminuta Meca Balear, desde donde los reflejos mentales desprendidos de valiosa colección de libros escogidos y de amenas e interesantísimas tertulias científicas, realizadas en el palacio morisco, se difundían luminosamente hacia oriente y occidente, hasta que con la invasión de Menorca por Alfonso III de Aragón, heredero del odio y de los estados de su padre don Pedro IV, apagáronse tan fúlgidos haces de luz, emblema de loable civilización, extinguida entre las aguas del mar Mediterráneo, cerca de Ceuta, al perecer el primer ciudadelano. Sumida así su querida patria en la mayor obscuridad cerebral a la par que en la más lamentable indigencia corporal, cesó de repercutir vibrante en sus entrañas el golpear del arado, la azada y el martillo, apenas manejados con intermitencias y en medio de la mayor intranquilidad, no solamente a causa de las aspiraciones de reconquista albergadas, cual expresión de acendrado amor patrio, en los pechos de los isleños arrojados de sus hogares, sino a consecuencia del afán desmedido de las congregaciones católicas y analfabética orden de caballería por acumular las heredades que hiciera fructificar otra casta, despojada arbitrariamente, y substituída, *no per bona gent catalana*, según la frase consagrada por los coronistas que eluden la realidad ante las conveniencias palaciegas, sino por criminales procedentes de presidios peninsulares, que al sembrar el espanto, al amparo, ora directo, ora indirecto, de la iglesia,

impedían el sembradío, originando el abandono del campo y la ruina consiguiente de la agricultura y de la ganadería, ventajosamente fomentadas en Menorca por peculiar idiosincrasia.

Ya que la prelación no cedimos al primer ciudadelano, séanos permitido hoy cederla a su padre y maestro, el precursor de la civilización omeya en Menorca, licenciado en ciencias y amante de las letras, que, a los veintidós años llega a Ciudadela y durante más de medio siglo hace florecer en su recinto las galas de la inteligencia en forma ya jamás superada, atrayendo a los sabios cristianos, a quienes hasta redime si caen en cautiverio, siendo visitado por ilustrados musulmes que le respetan y admiran, y teniendo algunos años por contertuliano a Aben Mofawaz, el maestro en tradiciones — el erudito doctor F. Camps del actual *Folklori Menorquí de la Pagesía* — quien enseñaba la ley a él y a sus hijos, alejándose de la isla por ser el almojarife inclinado a recurrir al tormento contra los reos y al derramamiento de sangre.

¡Lástima grande que la dureza de corazón nublara algo la gloria del precursor de la civilización omeya en Menorca!

Escuchemos, ahora, a uno de sus biógrafos:

ABU OSTHMAN SAID BEN-HACHAM BEN OMAR

ABU OSTMAN SAID BBN·HACHAM BEN OMAR, el de Tavira, estudió en Sevilla con muchos maestros, que le dieron la *ichaza* (licencia para enseñar). En el año 624 debió de trasladarse a Ifriquiya, pues en este año encontró allí a uno que le enseñó sus obras: muchos sabios españoles de la parte opuesta y de Oriente le dieron la *ichaza*: fueron discípulos suyos su hijo Hacam, su cliente Abu Mohammed Abdalá el rumí y otros, a todos los cuales a su vez dió la *ichaza*. Fué gramático, literato, gran escritor en prosa y verso, inteligente en el derecho, en la tradición y en el conocimiento de los hombres dedicados a ella: tenía también buenos conocimientos en medicina.

En Ifriquiya fué *katib* (secretario) de algunos emires.

Luego entró en Mallorca en tiempo de Abu Yahya ben Abu Himran, y desde allí fué nombrado perceptor de tributos en Menorca, mandando también las milicias: entra en ella (en Menorca) en el mes de ramahdan de 624 (de 15 de agosto a 14 septiembre de 1227), permaneciendo en estos cargos hasta que los cristianos se apoderaron de Mallorca. El fué quien procuró el tratado de paz entre los de Menorca y el vencedor de Mallorca, a quien se dirigió, y hecho el tratado volvió a Menorca, y el mando volvió a él. Luego hizo un nuevo tratado con el vencedor en nombre de los de Menorca, hasta que sobrevino la discordia, que se manifestó con motivo de haberse él apoderado de la frontera de Menorca: esto fué a tres de xawal del año 631 (2 julio de 1234).

De Alandalus y de la parte opuesta iban a él los sabios y talebs, a quienes trataba muy bien y los que no podían ir a Menorca, le escribían, contestándoles él con las mejores palabras. De sus cartas se reunió un *Divan*, en tres grandes tomos. Tenía muy buena letra y de formas muy variadas. Reunió muchos catálogos de ciencias y libros preciosos, como no

EL PRIMER CIUDADELANO

ABU OMAR BEN-HACAM BEN SAID

ABU OMAR aventajaba a su padre en la suavidad de carácter, en evitar la efusión de sangre y el uso de tormentos y cuidaba de librarse de cometer grandes pecados. Como su padre, escribía con hermosa letra, refería tradiciones y recitaba versos; pero no tenía la capacidad para gobernar y el celo que distinguía a su padre. Al Barcelonés, que en sus vecindades tenía se le movieron deseos de hacerse su señor, y lo consiguió, cumpliéndose la voluntad de Alá, en el año 683, en que se apoderó de la isla, arrojando de ella a los musulmanes. Aben-Hacam se dirigió a Ceuta, donde había trasladado los restos mortales de su padre, después de desembarcar en Almería; luego se fué a Granada, donde permaneció algún tiempo, recibiendo pensión del emir.

Algunos de mis maestros, que le vieron y aprendieron tradiciones de él, me contaron que era hombre tímido en todo lo que hacía, hermoso de cara y de gran modestia y ¿humildad? Sus hijos eran guapos, hermosos como estrellas y sus mujeres y servidumbre vestían unas capas hermosas y flotantes de aspecto peregrino.

El y sus hijos, así varones como hembras, y su servidumbre, se embarcaron para Túnez, donde su padre había tenido buenos amigos y disfrutado de gran consideración; pero al llegar a las partes de Argel naufragó, y murieron él y su familia: esto fué a fines del año mencionado o un año después. Gobernó con gran tino y justicia, siendo reverenciado de los cristianos, pues de todas partes estaban presentes, corriendo muy bien las cosas de los musulimes.

ABEN ALJATHIB

Traducción de JULIAN RIBERA

Así se expresa un escritor árabe de nombradía, refiriéndose a un gobernante a quien los historiadores y predicadores cristianos se obstinan en presentarnos simplemente como traidor, cual empecinanse en presentarnos a nuestros ascendientes musulímicos como foragidos, a pesar de desmentirles las numerosas

hubo otra colección por el número y bondad, de modo que por verla era visitado por musulimes y cristianos.

Era también buen poeta y *el autor dice haber visto un tomo que gozaba de más consideración? que el Diwan de Almonatebi o de tanta, y de él cita varios versos.*

Nació Abu Ostman Said hacia el primer tercio de la hora segunda de la noche del sábado, a seis de chumada postrera del año 601 (29 de enero de 1205), y murió al terminar la hora cuarta del sábado a tres por andar del ramadhan del año 680 (el 27 de ramadhan era viernes 9 de enero de 1282).

ABEN ALABBAR

Traducción de JULIAN RIBERA

Deploremos una vez más, juicioso lector, que la civilización cimentada por hombre tan grandioso se derrumbara al soplo avasallador del espíritu mezquino de Alfonso III de Aragón!

obras hidráulicas que diseminadas por toda Menorca recuerdan su competencia y laboriosidad conjuntamente con los nombres y la estructura de las casas prediales, que, a través de los siglos, continúan proclamando su idoneidad agrícola; no siendo aventurado suponer se les debe las primeras y muy laudables tentativas para fertilizar el Martinell y Favaritx, en la parte norte de la mitad oriental de Menorca, ya que es bien sabido que desde Mercadal a Mahón aquel paraje era muy pantanoso y bien pudo ser la mezquita de Ben-Hixem, fundada por nuestro precursor, más que lugar de devoción, el punto de concentración de una colonia de agricultores, que se esforzara para que las relaciones comerciales de los menorquines con los cristianos se centuplicaran al amparo del tratado de Capdepera y de los concertados con las repúblicas de Pisa y Génova entre los años 1170 y 1190, conciertos que hacen meditar respecto a cuán próspero pudo haber sido el diminuto estado insular de que Favaritx llegó a ser uno de los distritos municipales, a no sobrevenir la falaz invasión cristiana.

¿Puede afirmarse que Ben-Hacam era ciudadelano?

Incontestablemente, innegablemente.

En la *cala de Ciutadella*, dice la Crónica del rey En Jaume fondearon las saetías que intimaron vasallaje a los menorquines. mientras él simulaba aguardar en Capdepera, al frente de poderoso ejército, lo que, lector, equivale a señalar claramente a Ciudadela como capital antigua de Menorca, preponderancia por ningún historiador discutida, al par que la cláusula séptima del tratado concertado a raíz de tal acontecimiento, después de confirmar en su puesto *al venerable y leal alfaquí* Abu Abdalá Ben-Hixem, preceptúa que todos los cargos que en lo sucesivo vacaren recaerían *siempre entre los naturales*, y que, *si no se pusieran de acuerdo, el rey puede elegir alcady, de entre ellos, y constituirlo con consejo de ancianos*.

Para no incurrir en el apasionamiento que censuramos, defendiendo a Ben-Hacam sencillamente por ser nuestro glorioso ascendiente, recurrimos a los manantiales históricos en procura de actos análogos, realizados por sarracenos a favor de cristianos. Encontramos dos, semiocultos entre fraseológica hojarasca desparramada por varios anticuados cronistas dinásticocatólicos de asaz inveterada parcialidad. Acontecido el uno en la Balear Mayor, cuando su conquista por Jaime I, relaciónase el segundo con el mismo suceso bélico causa de la deslealtad del almojarife de Menorca, vale decir, con el aviso por Ben-Hacam enviado, en ligera y muy bien tripulada saetía, a sus hermanos de Alcoll, previniéndoles que don Pedro se encontraba en el

puerto de Mahón, al frente de poderosa escuadra y aguerridas huestes, con el propósito de invadir aquellas costas africanas: en ocasión tal fueron degollados en Constantina el gobernador y doce principales de la ciudad, por descubrirse *la inteligencia* que mantenían con don Pedro, el cual supo después *la infame traición* del almojarife de Menorca, y propuso su venganza.

¡Ya lo sabes, discreto lector: cuando la deslealtad favorece las miras interesadas de los sectarios del catolicismo, es *inteligencia*; cuando las contraria, *infame traición*!

¡Donosa teoría, pardiez, que merece ser ensalzada con armonioso cantar de los cantares e inimitable prosa por doctos lectorales de Menorca, admiradores de la jamás bastantemente deplorada incursión cristiana acaudillada por vengativo rey!

Reconocida Ciudadela a quien ha sido su primer Hijo Ilustre, procurando conservarle el rango de Meca Balear, rigiendo la i-la con magnanimidad, evitando la efusión de sangre y tolerando el ejercicio de los cultos similares hebreo y cristiano, se honraria a sí misma si enalteciera la memoria de Ben-Hacam dando su nombre, esculpido en simbólica placa, a la vía pública comprendida desde la espaciosa plaza del Borne hasta la calle de José María Quadrado, quien es lástima no naciera centurias antes para proseguir la obra que quedara trunca con la muerte de los Ben-Hacam, cual lástima es que la prematura desaparición de Juan Benejam Saura no permitiera reproducirla en forma emblemática, ya que su progenitor, Juan Benejam Vives — pariente espiritual de los Ben-Hacham, cuando no retoño de un mismo árbol genealógico — sobreviviéndole, es consultado desde los países de habla castellana en cuanto concierne a pedagogía, para honor de la población menorquina, cuyas clases privilegiadas, sumidas generalmente en el apedeutismo, sólo de derechos de tal manera hablan, que, a las seis centurias de su institución, la aristocracia menorquina carece de biblioteca y si en el seminario conciliar de Ciudadela hay una de casi ocho mil volúmenes, se la reserva para sí la santa madre iglesia minoricensis, propulsora del analfabetismo entre las muchedumbres, aparte de que sondeando un poquito nos encontraríamos con que la iglesia católica se ha sostenido en la isla con el fruto de la usurpación de que fueron víctimas los sarracenos menorquines, quienes cultivaron campos, construyeron mezquitas, abrieron cementerios de que los despojaron inhumanamente.

Menorquines: No olvidemos que los primeros focos de luz en forma perenne diseminados por nuestro Peñasco débense a los Ben Hacam: al primer ciudadelano y al precursor de la civilización islamita en Menorca. Veneremos su memoria.

Tal el prólogo que nosotros escribiríamos, si algún día publicáramos alguna obra sobre el Heroísmo de Ciudadela en 1558, gloria purísima, netamente ciudadelana con proyecciones menorquinas, que, indudablemente, tan grandiosa no fuera, ni para los sitiados ni para las huestes de Piali, a encontrarse dentro de la plaza el gobernador de Menorca y el paborde de Ciudadela. Afortunadamente, estaban ausentes. Y no pudieron aconsejar la capitulación, al llegar el momento supremo de la denodada resistencia, diciendo el uno que ya se había cumplido con creces el deber militar, y por ende, se había conquistado la gloria en la tierra, mientras el otro aseveraría que con el cautiverio—del cual se librarían entrambos—se les abrirían las puertas de la gloria celestial, expresándose con simulación análoga a la de su protector Felipe II, quien, en vez de aprovechar circunstancias tan deplorables para conquistar a los menorquines, se limitó a decir que estaba dispuesto *a hacer todo bien y merced para ayudar al rescate de las personas presas por los turcos*, y no obstante, la generalidad, o abrazaron las religiones de sus antepasados israelitas y mahometanos, como consecuencia del abandono en que gemían, o murieron en la esclavitud.

¡Cuán poquísimos regresaron al hogar con hercúlea valentía defendido contra quince mil hombres, que no eran viles piratas, sino denodados soldados, que, a las órdenes de uno de los guerreros más famosos de la época, proseguían una lucha secular!

Los ciudadelanos en Julio de 1558, cual los mahoneses en 1535, no fueron víctimas del furor sarraceno, sino de la desastrosa política imperial, que, al saquear poblaciones en el litoral africano, donde sus tropas tantos reveses sufrieran, enconaban los ánimos de los mahometanos, aumentando sus deseos de reconquistar las Baleares, patria de los ascendientes de muchos, amada a través de los siglos y embellecida por la tradición.

Festejemos el heroísmo de Arguimbau, Martorell, Negrete, de las matronas y doncellas que acudían a las murallas para contribuir a su reparación, en medio de la metralla arrojada por un ejército de quince mil plazas y una escuadra de ciento cincuenta buques, de los hombres que en reducido número se opusieron cuanto fué dable al avance de fuerzas tan poderosas; mas no olvidemos que si la jornada de Julio en Ciudadela es una gloria insular inmarcesible, el estandarte de la Media Luna ondeó, triunfante, en los muros de la diminuta Meca Balear, evocando el recuerdo de que a su amparo fulguraron prístinos destellos de la civilización menorquina.

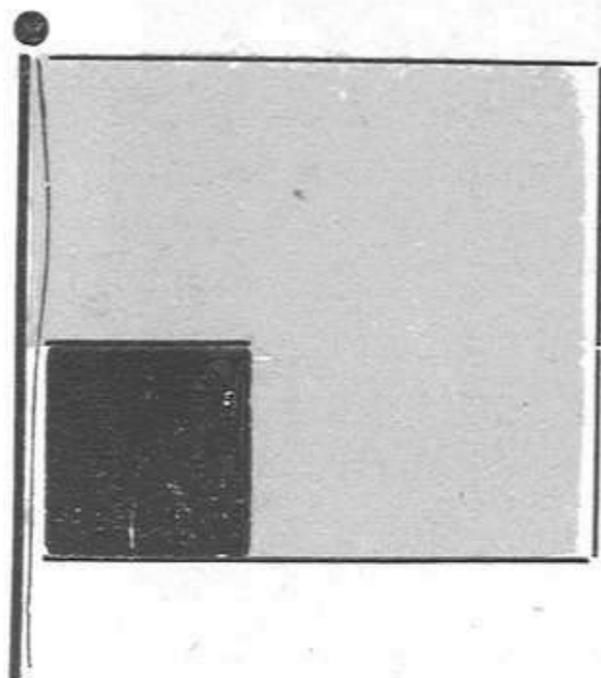
ANTONIO CURSACH

LA BANDERA DE MENORCA

POR FRANCISCO HERNANDEZ SANZ

Dictamen emitido por encargo del ayuntamiento de Mabón

NO HEMOS VISTO, jamás, ni, en nuestro concepto, creemos haya existido nunca, una bandera propia y distintiva de Menorca, ni tenemos, tampoco, noticia de privilegio alguno por el que los monarcas de Aragón, ni los privativos del reino Balear, concedieran a esta isla el uso de un estandarte especial, como fué concedido a la ciudad de Mallorca, en 14 de diciembre de 1312, por el rey don Sancho, y más tarde, el de otro por don Pedro IV el Ceremonioso. Varias banderas conocemos relacionadas con nuestra historia local; pero, si bien estos venerandos lienzos, testigos mudos de gloriosos hechos, son dignos del más profundo respeto, ninguno de ellos puede llenar los anhelos de los menorquines de tener una enseña que, basada en la historia de la isla, sea símbolo y distintivo de Menorca.



Creemos oportuno, ya que de banderas menorquinas hemos hecho mérito, y como datos meramente curiosos, ya que en nada afectan al punto sobre el que dictaminamos, dar idea de las tres principales que, por fortuna, se conservan todavía.

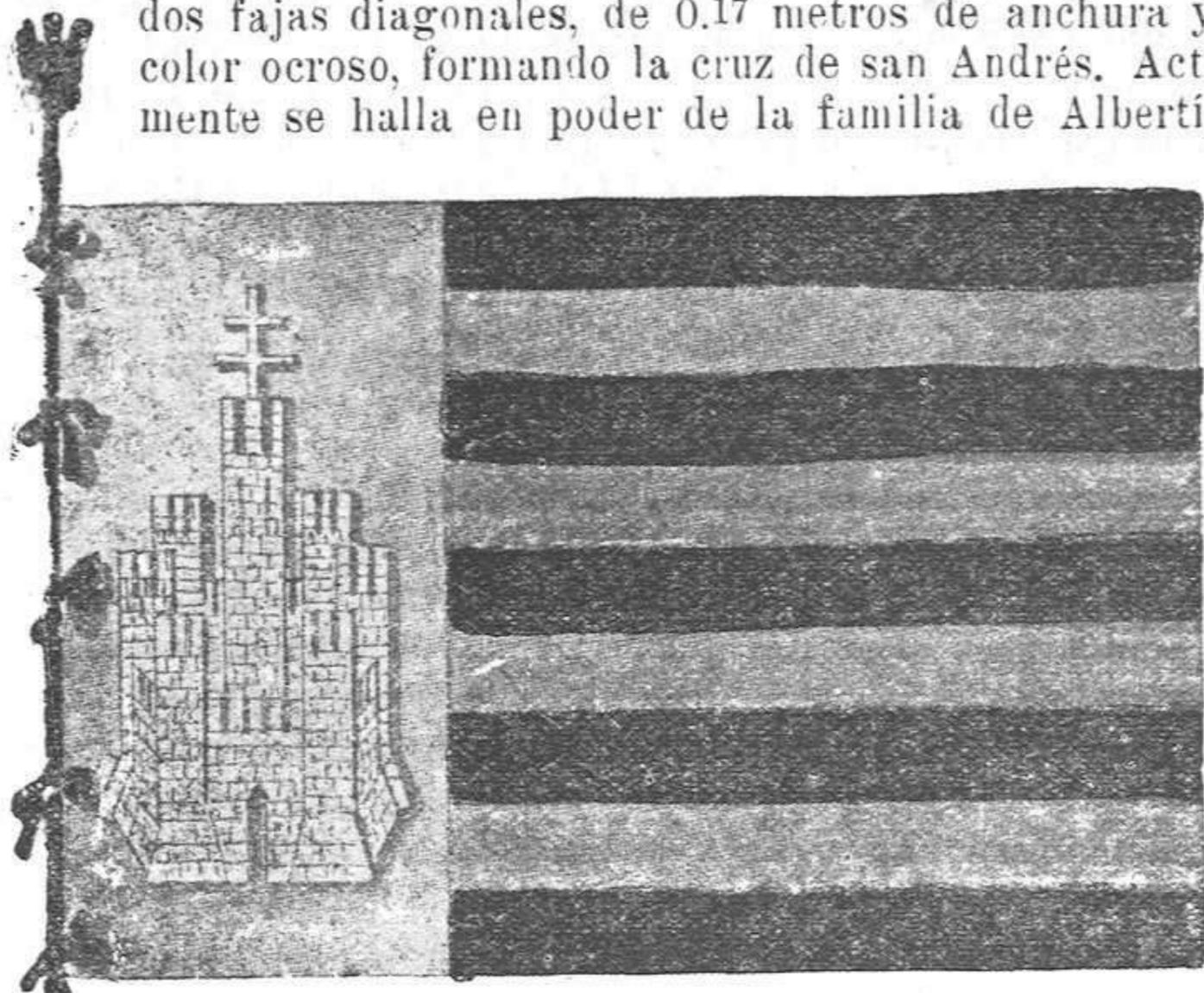
I - Bandera llamada de la Conquista

Según tradición, fué el estandarte cristiano que por primera vez tremoló en las almenas del castillo de Santa Agueda, después de sometida la isla de Menorca por su almorzarife, Abu-Omar-ben-Haquen-ben-Caid, a Alfonso III de Aragón, en 1287. Trasladado el estandarte a Ciudadela, fué ofrecido por el ejército catalanoaragonés a la Iglesia; robado o quemado por las huestes de Mustafá Piali, en 1558, fué substituído, más tarde, por el que actualmente se exhibe en la procesión conmemorativa de la Conquista, adquirido y depositado en la universidad a mediados del siglo XVI por los jurados de la isla.

II - Bandera d'En Barçola

El lienzo que se conserva es de la época y perteneció, según todas las probabilidades, a la compañía de arcabuceros de Alayor. La tradición cuenta que con ella se cubrió el ca-

dáver del valiente Barçola, jefe de caballería, muerto gloriosamente durante la refriega que los alayorenses sostuvieron contra una invasión sarracena en la costa norte de la isla. La bandera es de forma cuadrada, midiendo 2.40 metros de lado. Es de seda y la constituyen ocho fajas, horizontales, de un ancho igual, alternando los colores amarillo y azul celeste, cruzándola otras dos fajas diagonales, de 0.17 metros de anchura y de color ocroso, formando la cruz de san Andrés. Actualmente se halla en poder de la familia de Albertí, de



la indicada villa de Alayor, descendiente del alférez don Cosme Albertí, abanderado que fué de la compañía de arcabuceros de aquel pueblo en época de la refriega y en la cual tomó parte.

III - Pendón de proclamaciones reales

Es propiedad del excelentísimo ayuntamiento de esta ciudad. Fué bordado expresamente para la proclamación de Carlos IV en esta ciudad, capital de la isla, acto que tuvo lugar, con inusitada pompa, el día 22 de febrero de 1789, sirviendo más tarde para las proclamaciones de Fernando VII y de Isabel II. Es de seda. Sobre fondo morado se destacan en el centro las armas de España, bordadas en sedas de colores, y en sus ángulos escudos de la ciudad de Mahón, bordados, también, como el del centro.

Y, por último, como complemento, señalaremos la contra-seña marítima, que, con carácter burocrático, se asignó a Me-

norca a mediados del pasado siglo como provincia marítima, consistente en un cuadrilongo de tela amarilla con un cuadrado azul en la parte interna inferior, señal con que se conoce a qué capitania está inscripto el buque que la enarbola.

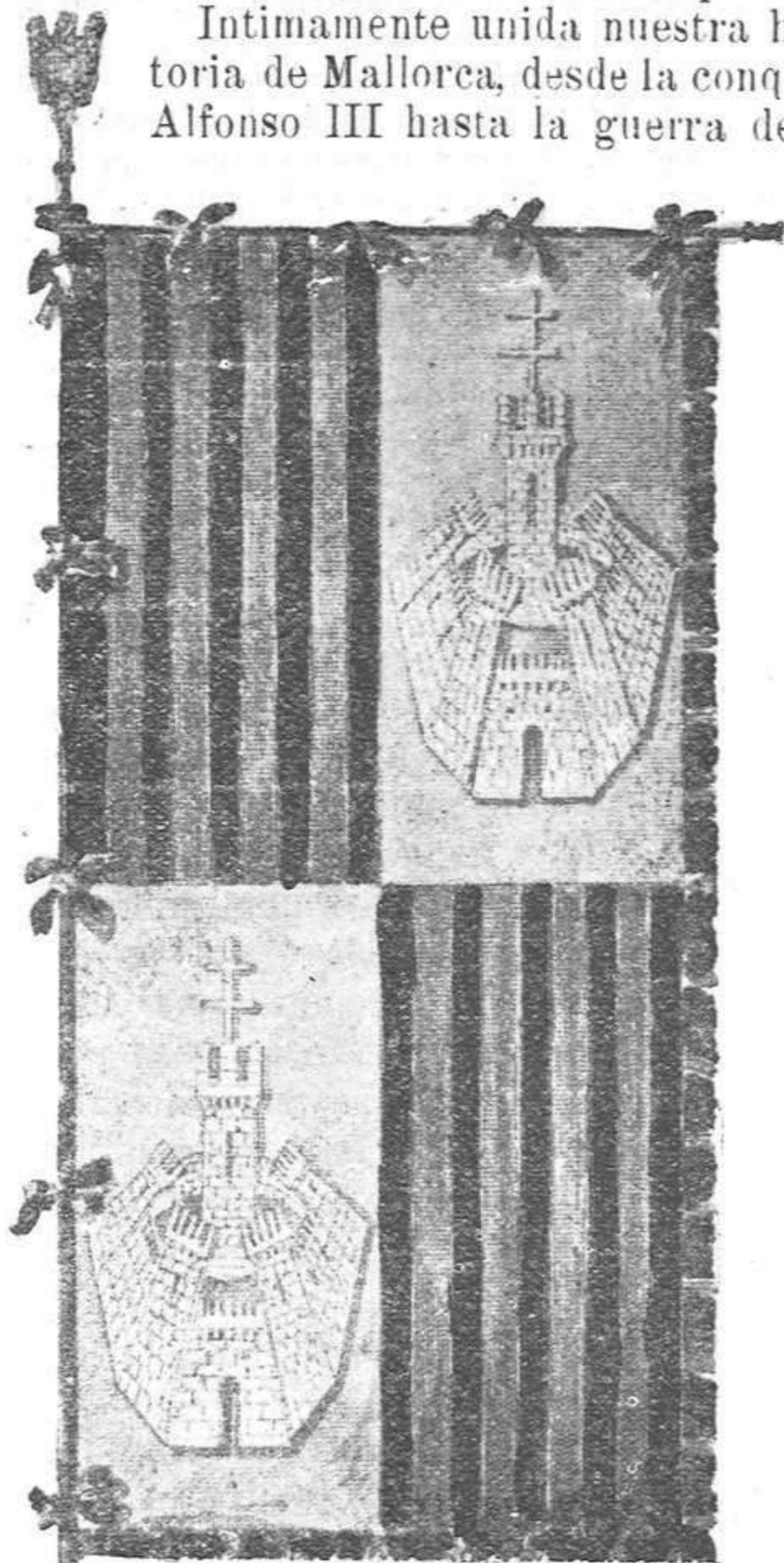
Intimamente unida nuestra historia local con la historia de Mallorca, desde la conquista de nuestra isla por Alfonso III hasta la guerra de Sucesión, que terminó

con el tratado de Utrecht (14 de abril de 1713), por el que Menorca pasó al dominio de la Gran Bretaña, opinamos que nuestra bandera no hubiera de diferir de la de la ciudad de Mallorca más que en aquello que revista un carácter particularísimo de la región simbolizada.

En la bandera concedida a la ciudad de Mallorca por el rey don Sancho se ordena que junto al blasón de los reyes de Aragón aparezca el Alcázar de la Real Almudaina, bordado en plata sobre fondo morado. Iguales carteles proyecta don Pedro IV. De suerte que tanto el uno como el otro no hacen más que trasladar al lienzo los blasones fijados por la ciudad de Mallorca en los diferentes se-

llos usados anteriormente por su universidad.

Si nuestra vida regional vino desarrollándose, durante más de cuatro siglos, paralelamente a la vida regional de Mallorca, bajo las mismas instituciones; si esta nuestra vida regional que respiramos tiene el mismo origen que la que se respira en nuestras islas hermanas, con identidad de lengua, legislación, usos y costumbres, implantados en el Archipiélago Balear por catalanes y aragoneses, lo natural será



LEYENDA CIUDADELANA

PASARON de dos mil las doncellas que cautivaron los turcos en Ciudadela (1558). Los marineros de la costa que da al canal contaban la conseja de las cautivas. En alta mar, una mano invisible cortó las amarras del convoy de prisioneras. Una plegaria se elevó hasta el Altísimo y una densa niebla envolvió la escuadra de los corsarios. Su presencia es un presagio de borrasca. Los viejos marineros conocen la neblina precursora de la tempestad. Es la escuadrilla de las cautivas. Si estais en el canal, arriad las velas. Pronto el huracán os trae una salmodia de lamentos, después un recio canto de plegaria, y, por fin, todo desaparece entre el brusco bramido de la tempestad. Ya no divisais las costas de Mallorca. En medio del embravecido canal desaparece la escuadrilla, tragada por las olas, como desapareció en aquella tarde desventurada, para volver a reaparecer en la larga sucesión de los años y de los siglos. No convencereis a los viejos marineros, si les hablais de apariencia, de óptica y de ilusión. « En el mar tiene también el Señor sus adoradores. No sólo en la tierra se elevan altares. Los elegidos del Señor tienen los ámbitos del mundo para adorar su voluntad suprema.

RICARDO BURGUETE

que al intentar formar nuestra bandera regional menorquina busquemos sus blasones en los blasones del reino de Aragón; blasones que nuestros antepasados fijaron en los escudos de armas de todas nuestras municipalidades, y junto a sus palos gules sobre fondo de oro campeen las armas de Menorca tal como los ostentó en sus sellos la antigua universidad general.

Las armas de Menorca deben de ser tan antiguas como antigua fué la constitución de su universidad general, y si bien es cierto que no ha sido posible descubrir hasta la hora presente el título auténtico que nos dé de ellas perfecta descripción, es indiscutible que antes del año 1301 ya aquel organismo de mancomunidad menorquina usaba su sello propio, según se desprende del párrafo XLV de la *Carta Puebla Menorquina*, expedida por Jaime II en 30 de agosto del citado año y que a la letra lize: *Item concedimus vobis et vestris, et perpetua statuimus, quod vniuersitas dictæ insulæ (Menorca) possit habere sigillum, sicut illud nunc habet.* Este sello, que hemos tenido oportunidad de examinar en infinidad de documentos expedidos por la universidad general de Menorca, en distintas épocas, lleva en su centro las armas de la isla rodeadas de la siguiente leyenda, que quita toda duda a nuestra afirmación:

+ LA VNIUERSITAT DE LA ILLA DE MENORCA

Forman las armas: un reducto murado, flanqueado de cuatro baluartes, en cuyo centro se levanta una torre almenada, con cruz doble, cruzada o patriarcal, a cuyos lados campean dos escudetes con el blasón de los reyes de Aragón.

Mas, si no se presenta dificultad alguna en cuanto a la in-

UN PARRAFO DE JOAQUIN M. BOVER

VIENDO los turcos que ningún provecho habían tenido de sus continuas incursiones por las costas mallorquinas, pasaron con una armada de 140 galeras a Menorca, y desembarcaron en el puerto de Ciudadela, su capital, a principios del mes de julio de 1558. El gobernador interino don Bartolomé Arguimbau, aunque con la fuerza escasa de 620 hombres, sostuvo heroicamente el sitio por espacio de siete días continuos contra un fuego vivísimo de 24 piezas de artillería y un ejército de 15.000 hombres, al mando de su general Mustafá Piali. Con fuerzas tan desiguales intentó, sin embargo, aquel valiente menorquín, enclavar la artillería del enemigo, cuya idea le salió frustrada; pero rechazó cuatro asaltos vigorosísimos, habiendo muerto en estos encuentros unos seiscientos moros y más de trescientos de los naturales, de suerte que de sus resultas quedaron reducidos los sitiados a unos doscientos hombres. No desmayó por esto tan bravo capitán, ni aun con la desagradable novedad de haberse volado el depósito de pertrechos; pues jamás dejó la espada, a pesar de verse herido de mucha gravedad, sino que siempre dió a los demás un heroico ejemplo de valor y constancia, poniendo el sello a su bizarra conducta con no haber querido asentir a ninguna de las muchas y lisonjeras propuestas del enemigo para la entrega de la plaza. Así es que penetrando éste por su grandísima superioridad y estar desmoronadas las cortinas de los muros, acabó de desolar a Ciudadela.

interpretación del dibujo o disposición particular de las armas menorquinas, en cambio no está precisado el asunto bajo el aspecto de su iluminación. Sin embargo, nosotros opinamos, tomando por guía la coloración que aparece en el cuartel propio y especial de la ciudad de Mallorca, en su ya citada bandera, que el reducto murado que figura en el escudo de armas de Menorca pudiera bordarse en plata, como en plata se halla bordado el Alcázar de la Real Almudaina. En cuanto al fondo, somos de parecer que debiera ser azul, ya que azul es el fondo de todos aquellos escudos de ciudades menorquinas que ostentan en ellos torres o fortalezas, como azul fué y es el color de las togas de los maceros de nuestras municipalidades, color que con respecto a la de Mahón precisa de una manera clara y terminante Felipe III, en su real privilegio de 2 de agosto de 1609, al ordenar: *concedere dignaremur ut possuit ab hini lictorem (siue macero) quem secura ducunt cerulea veste panni inductum et togatum*, etc.

Como consecuencia del estudio de los antecedentes datos, nos atrevemos a someter al ilustrado criterio de esta excelentísima corporación municipal el proyecto de una bandera menorquina bajo dos distintas formas: una, usual y corriente, la otra, propia de los estandartes usados durante la XIV centuria.

En una y otra, el asta termina en una corona mural, en recuerdo de que murales fueron las coronas que surmontaron los antiguos escudos de las universidades menorquinas.

LA ESCUADRILLA DE LAS CAUTIVAS

LEYENDA MENORQUINA

Para EL MENORQUIN

Llevando en el tope pendón mahometano,
gallardas galeras le dan proa al mar;
comanda la flota pirata africano,
corsario aguerrido, de audacia sin par.

Tripulan las naves marinos infieles,
que nunca supieron de honor ni de virtud;
llorando, en bodegas, llevan, los bajeles,
montón de cautivas a la esclavitud.

Y esperan la aurora del día siguiente,
creyendo en bonanza del puerto salir,
con rumbo a la costa lejana de Oriente,
do hermosos rehenes poder repartir.

Durante la noche temblores da el trueno,
y el viento los mástiles parece arrancar....
y, al romper amarras, las naves, sin freno,
destrozan, furiosas, las olas del mar.

De hermoso arcoíris la Aurora desmaya
los bellos colores de luz sideral,
y en lecho de arena, recibe, la playa,
flotantes despojos, que dió el temporal.

Del éter descenden ninfáticas figuras,
veladas tan sólo por un leve tul;
después, entre nubes, humanas alburas
guarda el horizonte, lejano y azul.

Perdidas nereidas, que van fugitivas,
llenando el espacio de célico clamor,
son las virginales y bellas cautivas,
que entonan un canto de loa al Señor.

Y desde aquel día los cantos de ondinas,
las rizadas olas arrullando van,
dando a las risueñas playas menorquinas
coros orquestados por el huracán.

GUILLERMO CAVALLER

Córdoba, Julio de 1920

EL MENORQUIN

1558 - JULIO - 1920

LA HEROICA ALAYOR

PINTORESCAMENTE situada en una altoplanicie algo central de nuestra querida Roqueta, cual soberana de productiva comarca, Alayor ha seguido de cerca el progreso introducido en Ciudadela, la antigua capital menorquina, y en Mahón, el celebrado puerto, por las naciones que otrora florecieron y a Menorca beneficiaron en su tránsito por ella o durante sus dominaciones; siendo comprendido que aun cuando, debido a las prolijas indagaciones de don Gabriel Llabrés, sepamos hoy que Alayor ha sido fundado en terrenos de la alquería *Ihalor*, al efecto designada por pragmática de Jaime II de Mallorca, expedida en Argilers a 29 de abril de 1304, es más seguro que presumible que en tal paraje existían núcleos de población desde los tiempos prehistóricos, como es probable que la Mezquita de Ben-Hichem fuera construida por el Precursor de la civilización omeya, no precisamente para que los adoradores de Alá limitáranse a orar, sino para que de allí partieran los Sacerdotes de Ceres encargados de convertir los pantanos del término de Fanarix en espléndido e mpo de vegetación.

Fracasada la tentativa de verificar un desembarco en el puerto de Mahón, la escuadra capitaneada por Mustafá se dirigió por la costa norte hacia Ciudadela, conduciendo a su bordo un ejército de quince mil hombres, a las órdenes de uno de los guerreros más famosos de la época: el intrépido Piali, al rededor de cuya personalidad se ha forjado una leyenda, plena de romanticismo, señalándose hasta la circunstancia de que moró en una casa de la calle actualmente nominada del Roser; leyenda indudablemente hija de oriental fantasía, mas no inverosímil, desde que son innumerables los episodios de parejas enamoradas de diversas creencias que penetran sonrientes en el Templo de Venus, la Estrella de los Mares.

Ante el peligro que amenazaba a Menorca, su gobernador interino — afortunadamente su hijo — don Bartolomé Arguimbau la recorre acompañado del valeroso Guillermo Martorell, para solicitar el apovo de los pueblos, logrando que Ferrerías contribuyera con unos cuantos hombres y Mercadal con unos cien a la defensa de la capital, mientras Alayor respondía al llamado patriótico aprontando ciento diez, entre ellos a su mismo baile Rafael Llopis, quien sucumbió heroicamente en los muros de Ciudadela; Bartolomé Tremol, quien tuvo el arrojo de pasar con un par de compañeros al campo enemigo, donde aprehendió dos turcos, con cuyo importe se rescataron más tarde a dos hijas de Nicolás Mercadal, sumidas en cautiverio; y Pedro Fanals, persona que, por su bizarro comportamiento, al intentar una salida, fué designado para mandar doscientos hombres encargados de proteger los ancianos, mujeres y niños contra los desmanes de los agarenes; existiendo probabilidades de que el notario Pedro Quintana, cuyo nombre perpetúa la calle en que naciera en Ciudadela el autor de estas líneas, fuera alayorense, y por cierto de los más bravos, pues su actuación no se limitó a autorizar el acta otorgada en Constantinopla el día 7 de octubre de 1558, sino que contribuyó con las armas en la mano a esculpir las más brillantes páginas del *Heroísmo de Cindadela*.

Ochenta y seis años después, y por singular coincidencia, el mismo día NUEVE DE JULIO, la fecha gloriosa de la Hecatombe de Ciudadela, cupo al pueblo de Alayor el turno de ser víctima de una invasión de berberiscos. Compuesta por dos galeotas, que conducirían unos trescientos hombres de pelea, no revestía la gravedad de las capitaneadas en 1535 y 1558 por Barbarroja y Mustafá-Piali, y por ende, muy lejos de atreverse

contra las plazas fuertes de Mahón y Ciudadela, se dirigieron hacia las costas alayorenses, suponiendo no se hallaban en condiciones de defensa. Se engañaban los moros. Los dictados de Benemérita. Puntual contra el enemigo y Valerosa, otorgados a Alayor por el gobernador de Menorca, don Pedro de Santacilia y Pax, confirmados por el rey Felipe IV, bastante expresivos son para poner de relieve el resultado de la refriega.

En aquella época la fuerza armada de la isla de Menorca consistía en unas cuantas compañías de infantería y artillería, que guarnecían ordinariamente las plazas de Ciudadela y Mahón, secundadas por otras de arcabuceros y caballería, organizadas por el paisanaje, prestando por lo regular su contingente a las últimas gente del campo, montando los *caballos de guerra* que las *cavallerías* mantenían libres de toda faena agrícola, a cambio de *crecidas recompensas*, según la frase de Hernández Sanz, y a pesar de ser sus propietarios los agraciados en el reparto del despojo de que fueron víctimas los sarracenos que fecundizaron la campiña menorquina, como con sinceridad sostenemos, con la añadidura de que tan interesada remuneración redundaba en demérito del cacareado prestigio de la nobleza improvisada, que, por otra parte, cobraba por el desempeño de los cargos municipales, lo que induce a barruntar, con disculpable malicia, que las disidencias entre la universidad general de Ciudadela y las foráneas de Mahón, Alayor y Mercadal no se escudaban en acendrado amor al rincón natal respectivo, sino en el sostenimiento de *privilegios remunerados*, mientras el pueblo menorquín, ora contrarrestaba con los enseres de labranza los efectos de las inclemencias atmosféricas y la esterilidad del suelo, ora lidiaba con el arcabuz en la mano contra sus ascendientes por censurable anomalía dinásticorreligiosa trocados en irreconciliables enemigos.

A principios de julio de 1644 el gobernador Santacilia supo que por la costa norte navegaban las mentadas galeotas, dando aviso seguidamente a los bailes de toda la isla. El de Alayor, que lo era Guillermo Camps, envió a Miguel Barzola, cabo de la gente de a caballo, y a Bartolomé Pons con unos ciento cincuenta infantes, a la marina de Sas Covas, con orden de impedir el desembarco de los berberiscos, que amenazaban el litoral.

Al amanecer del día 8, hallándose en el cortijo de Ocaix, situado en una eminencia desde la cual se descubre el mar, divisaron las galeotas, al mismo tiempo que desde Sas Covas lanzaban la voz de alarma con el tradicional *corn mari*, partiendo hacia aquel predio las mencionadas fuerzas, aumentadas con una porción de jinetes procedentes de las alquerías comarcanas, de conformidad con secular organización defensiva.

Trancurrido el día sin novedad alguna, los alayorenses pernoctaron en el *Molí d'en Reure*, para vigilar en lo posible a los berberiscos; mas, apenas alboreó el día siguiente, sintieron prolongadas voces de *imorus en terra!* dadas por los moradores del mencionado predio, indicando que los moros desembarcaron en la caleta conocida por *S'Olla de Sas Covas*, internándose a tambor batiente, con dos estandartes desplegados. Montando Barzola y Pons enseguida a caballo, dirigiéronse, seguidos de algunos de los suyos, al encuentro del enemigo, interceptando su marcha a cerca de dos mil pasos de la orilla. Empeñada la refriega, se refugiaron los asaltantes en el cercado conocido desde entonces por *Tanca d'en Barçola*, perteneciente al predio Son Saura, donde se atrincheraron, sosteniéndose hasta que, concentrados los menorquines, no pudieron resistir el fuego de sus arcabuces ni el empuje de la caballería, iniciando la retirada procurando llevarse los heridos, pero dejando en tierra seis muertos, la cabeza de los cuales sirvió de trofeo en la entrada triunfal de los vencedores en Alayor,

enarbolando el alférez Cosme Alberti. según la tradición, la bandera en que se envolviera el cuerpo moribundo del malogrado Barzola, ya que con la sangre de tal capitán y con la de Pons se escribieron las páginas descollantes del *Heroísmo de Alayor*.

Quedaron heridos Bartolomé Mascaró, Juan Cardona, Agustín Pons, Rafael Triay, y Lorenzo Pons de Sas Covas, los cuales tardaron muchos días en curar, sobreviviendo y distinguiéndose el alférez Cosme Alberti, el magnífico Antonio Roger, Pedro Jerónimo Vidal, Matías Guardia, Juan Villalonga, Jaime Villalonga, Antonio Olives, Juan Pons, Marcos Pujol, Jaime Sintas, Lorenzo Vidal, Pedro Pelliser, Juan Sintes Besoner, Tomás Paulo, Juan Alsina, Gabriel Pons Coteynet, Gregorio Pons, Juan Tremol, Martín Pelliser, Antonio Pelliser, Antonio Casanovas, Antonio Rosselló, Francisco Piris, Juan Rosselló, Jaime Llambias Colom, Antonio Gomila, Juan Seguí, Bartolomé Mercadal-Nou y muchos otros de que no se tiene memoria de quiénes eran.

El discreto lector supondrá, de conformidad con los sentimientos de justicia que le animan, que los Héroes de Alayor, nominados o anónimos, serían debidamente recompensados por quienes blasonan de amantes de la patria y de la religión. ¡Cuán lejos de ocurrir así! Los sostenedores de un sistema que por un caballo de guerra concedía a sus dueños un terreno con quince parejas de bueyes sarracenos — base deleznable de la fundación de la decantada aristocracia insular — sólo *conceden deberes* a los *pecheros menorquines*, quienes, al defender a su rincón nativo, hallan en Ciudadela la muerte o la esclavitud, y en Alayor el olvido, cuando no la miseria, a consecuencia de desastrosa política imperial, y por ende, imperativa, que olvida que sus desmanes en la costa africana serán vengados en la abandonada isla de Menorca.

Si prescindimos de la justicia póstuma que a Barzola rindieron sus propios deudos erigiendo *un creué de terme* y un monumento en los sitios en que fué herido y expiró y de la resolución de fecha moderna adoptada por el ayuntamiento de Alayor al dar su nombre a una de las calles de la población, únicamente encontraremos mero formulismo dinástico-religioso: la información levantada por el gobernador de Menorca y su asesor, que allí se trasladaron desde Ciudadela, ocasionando gastos y dietas, mientras nada se sabe de las familias de los muertos y los heridos mendigaban de puerta en puerta, según se desprende de una petición de Agustín Pons y Juan Cardona, quienes solicitaban se les auxiliara con los despojos de los moros, por haber *restats nefrats* y no poder ir *a llur treball*, sin que la universidad alayorensa pudiera atenderlos, por primar, sobre los derechos de los defensores del pueblo, los intereses de la plaga de gobernadores.

Alahurencs: Quand vos rallin d'en primé, dihent *i que bons temps eran aquells!* poreu contestá que sí que heu serian per aquells qui s'estimavan més un cavall que un homo i per sas iglesias i convents que se sostenian amb els bens presos a n'ets maros. Contra esas clases privilegiadas, no contra Menorca propiamente dicha, luchaban los agarenos, anhelando la reconquista, y, con ella, la reivindicación de sus heredades, y el retorno *a ca seua*: al hogar de sus mayores.

Veneremos la *Bandera d'en Barçola*, por el espíritu menorquín elevada a *Símbolo del Heroísmo de Alayor*; deploramos que los monumentos que lo perpetúan se hallen en estado ruinoso, mas no olvidemos la grandeza de la cultura islamita ni que Alayor asiéntase sobre terrenos fecundados por la labor y con el sudor de los agricultores musulmanes.

No reneguemos de nuestra ascendencia.

No seamos ingratos con la civilización omeya.

FOLKLORE MENORQUI DE LA PAGESIA

PER FRANCESCH CAMPS MERCADAL

LA DONZELLA DE SON CARABASSA

SES CASES de *Son Carabassa* están damunt un alçarós roquissar. Des d'elles se pot atalayar tot es terme des Mitjorn Gran, en particular la costa, sa part baixa d'Alahó i la costa de Ferreries i Ciutadella fins es cap d'Artruig. Ses cases están aferrades a una torre antiga, aspillerada, abovedada am volta d'aresta que, a despit de s'emblanquinat, se mostra com a cruixida, i que, per allunyar perills, van apuntalar-la amb dues columnes i un arc de sosteniment. No l'hi han plant ses capes de calç; pero, tantmateix, es coneix que, devall, hi ha ses mostres, mal tapades, d'un incendi, d'un fester horrorós.

Veureu còm succeí:

Une vegada, diuen qu'era un diumenge, a sa Torra de *Son Carabassa* hi va romandre sola una Donzella. ¡Quin seria es seu esglai, quand, de sobte, 's va veure rodetjada de morus, qui havian desembarcat a Cala-Fustám! Era coretjada sa Donzella. Els rebé molt afable, va donarlis un bon barenar, per donar temps i veure de fugir-ne. Aprofitá un moment de descuit, pujá dalt sa torra, i amb es corn mari doná es toc de *¡Morus en terra!* Els morus bé ho intentaren, pero no pogueran pujar dalt sa torra: sa jove, am caudela, havia recuit s'escala llevadissa. Li féren mil promessas i oferiments. Ella contestava a tots i a totas donant es toc de greu perill. Per medi de bigues llargues els morus prepararen s'assalt de sa torra. Alguns arribaren dalt; pero, al agafarse a sa parabanda am ses mans, sa Donzella els hi feu saltar a cops de destrai.

Els morus, veyent qu'eran molts ets atxul-lats y que a *Son Carabassa* no poria trigar gaira a venirli socors, van estibar dins sa cambra de sa torra tota sa llenya que hi havia replegada pes consúm des lloc i li pigaren foc.

Sa jove seguí tocant es corn, mitx aufagada per fum i ses bravades des fester. Feta un forn sa torra, es trespol li abrasava els peus.

Sa Donzella sa llevá sa roba, la plegá i s'hi posá de peus damunt.

I seguí tocant es corn fins que tingué forces.

Ja feva una estrebada que callava, quand sa familia i els socors arribaren a *Son Carabassa*. Sa torra era un forn de calç, i de Cala-Fustám veren surtir una nau berberisca al rem i a la vela.

Quand fou possible pujar a sa torra, hi trobaren morta sa coratjosa Donzella, estesa, damunt els seus vestits plegats; pero *conservaba posada sa blanca camia de lí.*

De còm havia passat es fet, ho saberen els seus pares per sa veyeta de sa Cova des Capitá, que está allá propet, dalt es Ravellá. Ella senti remor, i s'aixecá des llit (era dematinet), per enterarse des motiu i vegé un esquadró de morus, que, dirigits per un que semblava coneixer ses tresques, anavan avançant amagantse entre ets ramatges. Sa veyeta fugí, i no s'havia fet molt lluny de sa Cova, quand un moru que havia entrat a regoneixerla, digué, am sa nostra llengo, al sortir de sa Cova:

- *No poren haverse fet molt enfora: es llit es encara calent.*

Mitjorn Gran (Menorca)